

Testimonio

Julián García Hernando

«Es vergonzoso que las Iglesias no den pasos hacia la unidad cristiana»

José Luis Díez

Profesor de Instituto.

Aunque en nuestra sociedad las lacras de la insolidaridad resulten tan patentes, en contadas épocas el mundo se ha encontrado con semejantes ansias de concordia a las actuales. En esta magnífica sinfonía de voluntades destaca, por vocación, la apremiante búsqueda de la unidad por parte de los cristianos, frente a divisiones multiseculares, contrarias al mismo mensaje de amor, paz, perdón de que son portadores. A fin de participar en este concierto ecuménico pluriforme necesitamos descubrir testimonios como puntos de referencia, desde donde comprender y sumarnos a este movimiento irreversible hacia la unidad. Uno de esos testimonios diáfanos lo hallamos en Julián García Hernando, primer secretario de la Comisión Episcopal de Relaciones Interconfesionales (1966-1995) y fundador en Segovia (1962) de las Misioneras de la Unidad.

Conozco desde hace muchos años a D. Julián y siempre he distinguido y admirado en él sabiduría, entrega y cordialidad en el trato personal, en la dedicación como educador y profesor, en sus copiosos escritos especialmente sobre ecumenismo, pastoral e historia, en las continuas conferencias acerca de la unidad, en su participación en tantas Semanas de la Unidad, en la organización anual de Jornadas Nacionales de Ecumenismo y en la asistencia a innumerables reuniones y diálogos interconfesionales, tanto internacionales como nacionales. ¿A qué persona relacionada con el ecumenismo no conoce D. Julián, qué acontecimiento, tema, propuesta, avance o dificultad no puede relatar o enriquecer con comentarios, precisiones y perspectivas? Su testimonio es además convincente.

Nos hallamos celebrando uno de los sucesos-hito de la historia del ecumenismo: los treinta años de la

promulgación del Decreto de Ecumenismo del Vaticano II. ¿Cómo valora usted el ecumenismo actual en la Iglesia Católica, refiriéndolo al aquel inolvidable documento?

Las líneas programáticas del ecumenismo actual están claramente pergeñadas en el documento *Unitatis Redintegratio*. Es el principal documento de la Iglesia Católica respecto al ecumenismo, en torno al cual se polarizan todos los textos que posteriormente han ido apareciendo. Los principios básicos del mismo manan en la Constitución *Lumen Gentium*, en esas reflexiones maravillosas que la Iglesia hizo sobre sí misma. Todo arranca de la concepción de la Iglesia dentro de la teología de comunión, en la que, partiendo de Cristo, el Señor, se llega a la teología de Iglesias hermanas.

En las Iglesias protestantes, por diversas causas, comenzaron a sentirse interpelados desde mucho antes por el ecumenismo. ¿En qué contexto podría situarse la labor por la unidad cristiana de estas Iglesias?

Es de todos conocido que el movimiento ecuménico nace en el seno de las Iglesias protestantes en la Conferencia misionera de Edimburgo de 1910. Si «el ecumenismo, en frase de Juan Pablo II, es un gran regalo que Dios ha concedido a su Iglesia en los últimos tiempos», hay que reconocer que nos ha llegado a través de las Iglesias salidas de la Reforma, algunos de cuyos misioneros estaban descontentos del escaso fruto de su predicación a causa de las divisiones. Hay que decir que el ecumenismo no es

más que uno para todos. Es una metodología de cara a la promoción de la unidad. Si bien los presupuestos doctrinales en los que cada Confesión se basa son distintos en cada una, pues de lo contrario ya estaríamos en la unidad, la metodología que unas Iglesias y otras utilizan para la promoción ecuménica necesariamente tiene que ser la misma. La labor ecuménica en las Iglesias embarcadas en esta causa es verdaderamente intensa. Son muchos los diálogos bilaterales y multilaterales en los que cada una de ellas están comprometidas.

No obstante ciertos problemas de proselitismo, desilusión, la cuestión del sacerdocio femenino, la interpretación de algunas Iglesias de nuevo Directorio de Ecumenismo, etc., parece más fácil el ecumenismo entre las Iglesias que el practicado hacia el interior de las mismas, ¿por qué?

Según a mí me gusta definirlo, el ecumenismo es «una marcha hacia la unidad de las Iglesias por el diálogo, la conversión y la oración para la misión». En la terminología de la Iglesia Católica y el Consejo Ecuménico de las Iglesias la palabra «ecumenismo» está reservada a las relaciones entre los cristianos. Es verdad que hacia el interior de cada comunidad diocesana e incluso parroquial hay movimientos y tendencias no sólo dispares, sino muchas veces enfrentados, que en gran parte dificultan la labor pastoral. En este sentido debe promoverse cuidadosamente el ecumenismo hacia el interior de cada unidad eclesial, basados en la teología de comunión, principio fundamental del Vaticano II. Es necesario, por tanto, un ecumenismo *ad intra* de la Iglesia católica, así como de todas las demás. Para ello se precisa una conveniente formación ecuménica a todos los niveles, empezando por los obispos, continuando por los sacerdotes y religiosos, los enseñantes, los catequistas y hasta los últimos eslabones de los laicos.

Ha asistido usted a las más importantes reuniones y conferencias interconfesionales sobre ecumenismo: Upsala (1968), Nairobi (1975), Vancouver (1983), Canberra (1991) y Santiago de Compostela (1993). ¿Podría trazarse una línea del avance que

estas asambleas han supuesto en la marcha hacia la unidad?

La unidad de la Iglesia es como un edificio en construcción. Cada asamblea del Consejo Ecuménico de las Iglesias o cada acuerdo teológico en el diálogo interconfesional es algo parecido a un nuevo piso en el edificio, a construir, de la unidad. Generalmente retomando el tema de las anteriores, la nueva Asamblea da un paso adelante en el consenso intereclesial.

Pongamos, por ejemplo, la cuestión de la unidad de la Iglesia concebida como «comunidad conciliar», que ya se apunta en Upsala, que se perfila extraordinariamente en la reunión de Fe y Constitución de Salamanca de 1973, que se matiza en Nairobi, que se estudia como koinonia eclesial en Canberra y que se convierte en tema central y en bandera programática en Santiago de Compostela. En esta conferencia el tema de la koinonia fue analizado no solamente en las reuniones de los grupos, sino también en numerosos estudios bíblicos, llevados por especialistas en la materia. En torno a la koinonia se estudió a fondo la cuestión de los ministerios en la Iglesia, la dimensión sinodal de la misma, principalmente el papel de los concilios ecuménicos y se llegó a estudiar el punto quizá más vidrioso en las relaciones intereclesiales: el ministerio de la unidad al servicio de la Iglesia universal, es decir, el ministerio del primado, sin que se llegase a establecer las condiciones y características del mismo.

El diálogo teológico ha conseguido superar la famosa polémica católico-protestante sobre la tradición, la justificación por la fe, la visibilidad de la Iglesia; y se han dado pasos muy notables de acercamiento en los grandes problemas respecto a la Eucaristía y el ministerio ordenado. Ciertamente todavía no se ha llegado a concordar los criterios sobre el «modelo de Iglesia» que se quiere para el día de la unión. Cada una de las Iglesias dialogantes presenta su modelo de unidad y el hondón de la problemática ecuménica está precisamente en el modo de conjuntar y armonizar todos estos modelos para hacerlos compatibles dentro de la misma fe. Llegar a un acuerdo en la unidad

necesaria con el consiguiente consenso en la diversidad admisible. Cuando se haya acordado este punto, se habrá desembocado en la unidad, ya que unidad y diversidad conjuntadas y armonizadas son los polos de la koinonía.

¿Ha podido comprobar y hasta experimentar el testimonio cristiano en estos magnos acontecimientos de nuestro tiempo?

Se habla mucho de testimonio común. Existen varios documentos ecuménicos que empujan a los cristianos en esa dirección. En este sentido y para valorar los logros conseguidos por el ecumenismo, más iluminador que precisar la cota alcanzada en la marcha hacia la unión y que el porcentaje de documentos mixtos firmados o que el peso doctrinal de los mismos, pudiera ser el constatar la reacción que experimentan las otras Iglesias, cuando un suceso próspero o adverso sacude a una Iglesia hermana. En esta línea testimonial fue verdaderamente ejemplar la Asamblea de Basilea (1989) sobre «La Paz, Justicia e integridad de la creación». Los cristianos reunidos en la ciudad del Rin intentaron crear una conciencia europea y una moral común entre los problemas tratados. Juntos elaboraron una especie de «Carta Magna» sobre ética social para los cristianos de Europa y que presentaron a los gobiernos y a la sociedad de nuestro continente. No hicieron otra cosa que poner en práctica la regla de oro de la colaboración interconfesional, propuesta por la Asamblea de Lund: «Debemos hacer juntos todo aquello a lo que la propia conciencia no nos obligue a hacer por separado». Algo parecido puede decirse de la noticia publicada hace poco sobre un documento conjunto de las Iglesias católica y evangélica de Alemania sobre «el Estado de bienestar», en que critican al gobierno alemán sobre problemas tan acuciantes como el paro, la pobreza y la falta de perspectivas para la juventud alemana.

¿Cuál es hoy el lugar del ecumenismo en el pensamiento filosófico-teológico cristiano? ¿Puede darse este pensamiento cristiano alejado del ecuménico? ¿Ten-

drían hoy fuerza las Iglesias unidas para influir en el pensamiento, la cultura, la ciencia, la sociedad?

Nuestro mundo europeo, desde la época de la Ilustración, ha ido avanzando hacia posiciones secularizadas, ajenas a sus raíces cristianas. Es precisamente en la teología donde está en juego la herencia cultural de Europa. No pocos consideran el cristianismo como algo superado, de los tiempos del oscurantismo y la intolerancia. Muchos desconocen la riqueza de la cultura y la tradición espiritual de sus antepasados, ligada al cristianismo. En los momentos actuales del alumbramiento de una Europa unida es menester hacerla volver a las raíces cristianas. Es verdaderamente vergonzoso que, caminando los pueblos europeos hacia una unidad multinacional, las Iglesias en Europa no hayan dado pasos serios hacia módulos unitarios dentro de su propio contexto eclesial. En Upsala (1968) se hablaba de unidad de la Iglesia como modelo de la unidad de los pueblos, hoy, en cambio, los pueblos de Europa se han adelantado a sus Iglesias en la conquista de su respectiva unidad. He ahí un reto a las Iglesias en la conquista de su respectiva unidad. He ahí un reto a las Iglesias: un testimonio común de colaboración en la presentación a nuestros contemporáneos y conciudadanos europeos del kerigma evangélico sobre la justicia, la paz, los derechos humanos, la cultura, la sociedad. Es imprescindible una generosa colaboración en el amplio campo de los temas teológicos y filosóficos establecidos en profunda armonía con las exigencias de la fe y pivotados en la Sagrada Escritura. Si estamos obligados a evangelizar nuestro mundo, debemos hacerlo mancomunadamente. De lo contrario, en lugar de avanzar hacia la unidad mundializaremos más nuestras divisiones.

Nos encontramos en una época especial para el ecumenismo: fin de un milenio en el cual han tenido lugar las mayores divisiones cristianas, fin de siglo en el que singularmente ha ido apareciendo una alborada de esperanzas en la unidad cristiana. ¿Cómo interpreta los recientes pasos de la Iglesia católica hacia finales de milenio y siglo, puede asegurarse que en

el futuro el ecumenismo será imprescindible en la vida de los cristianos?

Está reciente la Carta Apostólica de Juan Pablo II «Al filo del próximo milenio», del 10-XI-94, convocando a la Iglesia católica a un jubileo preparatorio del gran acontecimiento del año 2000. Los contenidos del mismo están claramente marcados de ecumenismo. El Papa quiere que la conmemoración del bimilenario del nacimiento de Cristo sea para la Iglesia católica ocasión de conversión y penitencia, porque la Iglesia debe estar en actitud de reforma y porque la conversión eclesial es paso obligado en la marcha hacia la unidad cristiana. Y no sólo quiere que estas celebraciones estén impregnadas de ecumenismo, sino que sean preparadas conjuntamente por representantes de las distintas Iglesias. Respecto al futuro del ecumenismo hay que afirmar que es irreversible. Es más, debe constituir una prioridad en el campo de la pastoral eclesial. Cosas parecidas han dicho los líderes de las Iglesias.

Usted fundó las Misioneras de la Unidad, empezado ya el Concilio. ¿Qué es la vocación al servicio de la unidad? ¿Cómo se vive? Celebrando la Semana de la Unidad, ¿qué vínculos se dan entre ecumenismo y oración?

Todo el pueblo de Dios debe sentirse obligado a trabajar por la promoción de la unidad, pero el ecumenismo también necesita animadores, continuadores, promotores que se consagren a él de manera especial. La obra de las Misioneras de la Unidad nace de la contemplación de la historia de la Iglesia, marcada por los desgarros de su unidad. El deseo de remediar esta situación fue, a la hora de la convocatoria del Concilio Vaticano II, el detonante que puso en marcha esta institución totalmente ecuménica. Su fin principal es la promoción de la unidad de todos los cristianos y de todos los hombres. Su lema es «todo por la unidad, oración, trabajo, entrega, apostolado». Su ministerio se derrama por el quehacer ecuménico: espiritual, doctrinal, testimonial y colaboracional, no sólo por las diversas diócesis españolas, sino por otros países, a través de la formación

ecuménica a distancia y por los encuentros interconfesionales de Religiosas, ya en su vigésima segunda edición. El ecumenismo, que es acción, pensamiento, diálogo, actitud espiritual, talante de acercamiento y de comprensión, es ante todo oración. Todos los ecumenistas de raza están convencidos de que a la unidad cristiana se llegará por un milagro de Dios y a Él nos acercamos por la oración.

Le pediré, desde su testimonio y experiencia, una palabra para los laicos. Se dice que el laico es parte indispensable en el ecumenismo.

Difícilmente se puede hallar una acción ecuménica a la que no pueda tener acceso el laico en el terreno de la docencia, del diálogo, de la acción pastoral y de la colaboración interconfesional. Las limitaciones vienen impuestas por el grado de formación que se necesita para una acción determinada. El nuevo Directorio ecuménico, haciendo presente el Decreto de Ecumenismo, dice que la preocupación por la unidad es propia de todos los cristianos, que «tienen ocasiones muy especiales para favorecer el pensamiento y la acción ecuménicas». Todo dimana de su condición de bautizados. Pero generalmente el laico no está convenientemente preparado para este ministerio.

Formador durante años, ¿cómo evalúa usted las propuestas de formación ecuménica de los últimos documentos y cómo se practica en parroquias, centros y grupos cristianos y de formación eclesiástica?

Es en la teología donde, principalmente, se notan los avances económicos. Si los desacuerdos no hubieran alcanzado a las verdades integrantes del acervo de la fe, no hubiera existido la ruptura. Por eso si la sutura no se logra en estos puntos doctrinales no se conseguirá la unidad eclesial. Por eso es completamente necesaria la formación ecuménica de todo el pueblo de Dios, según lo establecen el Decreto de Ecumenismo y el nuevo Directorio Ecuménico. Es un deber del que nadie debe quedar excluido, pero que afecta especialmente a los que tienen ministerios docentes en el vasto campo eclesial y en particular a los ministros ordena-

dos. ¿Cómo puede cumplir debidamente hoy su ministerio pastoral un sacerdote sin talante ecuménico?

El ecumenismo en España con todas sus peculiaridades. ¿Se encuentra la Iglesia católica comprometida con el diálogo ecuménico? ¿Cómo se vive este compromiso en las otras Iglesias y comunidades cristianas españolas? ¿Qué acciones tendríamos que emprender concretamente los cristianos españoles para un mayor y más perfecto avance ecuménico entre nosotros?

Nuestro ecumenismo necesariamente tiene que ser modesto en razón de la diversidad numérica de las partes dialogantes en el mismo: la Iglesia católica fuertemente mayoritaria y una minoría de Iglesias protestantes, seriamente comprometidas en la búsqueda de la unidad, así como las dos Iglesias ortodoxas, griega y rumana, también empeñadas en la causa ecuménica. El grueso del Protestantismo español es alérgico al ecumenismo, por razones de doc-

trina y por las recientes circunstancias históricas. Las Iglesias protestantes comprometidas con el ecumenismo, que por otra parte son las únicas que pertenecen al Consejo Ecuménico de las Iglesias, son la Iglesia Evangélica Española, la Iglesia Española Reformada Episcopal, la Comunión Anglicana, la Iglesia Luterana y la *Community Church*. Hay que tener también en cuenta que, si bien la Iglesia católica en España ha aceptado seriamente las condiciones del quehacer ecuménico y se halla embarcada en numerosos diálogos intercristianos, no son pocos los católicos españoles que pasan de largo ante la problemática del pluralismo religioso.

Fomentar los encuentros y el diálogo, conforme a aquella regla de oro del quehacer ecuménico, del Cardenal Meier: «Para unirse hay que amarse, para amarse hay que conocerse, para conocerse hay que encontrarse», del encuentro se pasa al diálogo y a la oración, los dos carriles por los que tiene que caminar toda acción verdaderamente eficaz en el terreno ecuménico. **A**